



asuntos  
públicos  
— .cl



Centro de estudios del desarrollo

 /asuntospublicos

 @ced\_cl

## Novidades

04/03/2015

Sociedad  
Humanismo Cristiano y  
Educación de Calidad

24/02/2015

Política  
Amistad y Destinación  
Universal de los Bienes

17/02/2015

Política  
Los Demócratas y Cristianos de  
1964. Parte II

10/02/2015

Política  
Los Demócratas y Cristianos de  
1964. Parte I

03/02/2015

Economía  
El rol social de BancoEstado y  
la cuenta RUT

27/01/2015

Economía  
Thomas Piketty y El Capital en  
el Siglo XXI

## Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.cl.

©2000 asuntospublicos.cl.  
Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

# Informe 1185

## Sociedad

04/03/2015

### Humanismo Cristiano y Educación de Calidad

+Héctor Eduardo Vargas Bastidas, sdb<sup>1</sup>.

#### 1. Breves consideraciones filosóficas, antropológicas y teológicas

La Constitución Conciliar "Gaudium et Spes" del Vaticano II, puede considerarse la **carta magna del humanismo cristiano**. Al reconocer en modo inequívoco la autonomía del hombre como autor y norma de su actividad, y de la autonomía del orden de las así llamadas realidades terrestres y profanas, de las cuales se afirma la finalidad immanente y la ley propia intrínseca.

**La base metafísica del humanismo cristiano** es la superación del ser puro, y la identificación del ser con el amor. Ahora, si el ser es amor, la creación entonces es obra del amor, y el ser creaturas constituidas a imagen por la semejanza del Ser, es certeza que Dios crea a los hombres como libres interlocutores, como alteridades autónomas, como fines y no como medios.

La relación radical, creacional Dios-hombre no se pone sobre el plano de la fabricación objetual, sino sobre el de la relación interpersonal. Dios no hace al hombre, sino que hace que lo sea verdaderamente. El hombre no es hecho por Dios, sino puesto-en-ser por Dios. Y Dios lo lanza en el ser exactamente como un ser libre. El hombre recibe de Dios el don radical del amor, que no humilla sino eleva, porque se trata de una opción: ser llamados, significa haber sido amados, apreciados, esperados, no porque exista ya un valor, sino para que llegue a serlo. Gracias a este don radical **el hombre es autónomo**, o sea, es persona, es aquel ser que se pertenece a sí mismo.

De este modo, el hombre pertenece a Dios no como un objeto suyo, sino como una verdadera persona, es decir, un ser que perteneciéndose a sí mismo, se puede donar a su donante después que su donador le ha donado la raíz de todo don, que es la existencia.

---

<sup>1</sup> Obispo de San José de Temuco. Presidente Área Educación Conferencia Episcopal Chile. Licenciado en Ciencias de la Educación, Pontificia Universidad Salesiana Roma. Documento preparado para el III Encuentro Internacional sobre La Vigencia del Humanismo Cristiano. Santiago de Chile. Enero de 2015.

Dios no ofrece el ser como uno que tiene el ser, sino como quién es el ser: el océano infinito del ser. Y cuando comunica el ser a un ser creado a su imagen, para que se vuelva su semejanza viva y elegida, no la da como quién tiene el ser, sino como quién es la fuente del ser que pone en ser seres diversos, entre los cuales -en el culmen de todo- seres que no son simples vestigios de Dios, sino imágenes vivas de Él.

Dios ha creado al hombre gratuitamente. No para procurarse un siervo útil, sino para tener un hijo amante. Y no por necesidad de ser amado por éste, sino para la felicidad del hombre que coincide con el gozo del sumo bien que es Dios mismo. Negar entonces a Dios, como colaborador de la realización del hombre, es negar cualquier posibilidad del logro del hombre. La seguridad del hombre está en la afirmación que hace de Dios, en cuanto socio en la alianza de ambos, en favor de sí mismo. Por ello, no pocas personas y pueblos en la sufrida experiencia histórica que han tenido, afirman que la negación de Dios ha conducido invariablemente a la negación del hombre.

**"La razón más alta de la dignidad del hombre consiste en su vocación a la comunión con Dios.**

Desde su nacimiento, el hombre es invitado a un diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios que lo creó, y por el amor de Dios que lo conserva. Y solo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad, cuando reconoce libremente ese amor y se confía enteramente de su Creador. El hombre es la única creatura sobre la tierra que Dios ha querido por sí misma". (G.S. 19,1; 24.3)

De este modo, no existe una verdadera teología que no sea una plena antropología, como no existe una auténtica liturgia que no desemboque en la sociología. De este modo, como afirma el Papa Paulo VI en *Populorum Progressio*, **"el hombre se realiza así mismo, solo trascendiéndose"**. (P.P.,42). De este modo, se realiza como fin que escogiendo a Dios-Amor, éste lo lanza en una aventura de amor, que lejos de un espiritualismo enajenante, lo encarna fuertemente en un compromiso histórico, porque la fidelidad al Eterno, desemboca necesariamente en una fidelidad hacia la historia humana, porque el centro del cristianismo es que Dios se encarnó entre nosotros, uniendo en una sola persona la fidelidad del cielo con la tierra y vice versa.

A partir de la encarnación, Dios es honrado no solo como devoción a Él, sino y al mismo tiempo, con la entrega a los demás. Es más, éste será el referente del examen supremo en el juicio final. "Cuanto hiciste o dejaste de hacer por tu prójimo, conmigo lo hiciste". De hecho, Jesucristo no fue condenado por negar el primer Mandamiento (amar a Dios), sino por hacerlo realidad sirviendo a las personas. **De este modo, el Señor escribió el manifiesto del humanismo con su sangre derramada en defensa del ser humano.**

Es por ello que condenamos todo menosprecio, reducción o atropello de las personas en sus derechos inalienables; todo atentado contra la vida humana, desde la oculta en el seno materno, hasta la que se juzga como inútil y la que se está agotando en la ancianidad; toda violación a degradación de la convivencia entre los individuos, grupos sociales y las naciones. "De este modo, nos sentimos urgidos a cumplir por todos los medios lo que puede ser el imperativo original de esta hora de Dios; **una audaz profesión cristiana y una eficaz promoción de la dignidad humana y de sus fundamentos divinos**, precisamente entre quienes más lo necesitan, ya sea porque la desprecian, ya sea porque sufriendo ese desprecio, buscan -a tientas- la libertad de los hijos de Dios y el advenimiento del hombre nuevo en Jesucristo". (P. 320)

## 2. Visiones Antropológicas que desafían al humanismo cristiano

En el misterio de Cristo, Dios baja hasta el abismo del ser humano para restaurar por dentro su dignidad. La fe en Cristo nos ofrece así, los criterios fundamentales para obtener una visión integral del hombre que, a su vez ilumina y completa la imagen concebida por la filosofía y los aportes de las demás ciencias, respecto del hombre y su realización histórica.

Sin embargo, afirmaban los Obispos latinoamericanos reunidos en Puebla, existen entre nosotros concepciones reduccionistas, cuando no peligrosas acerca del hombre. Algunas ligan a una visión de la persona como prisionera de las formas mágicas de ver el mundo y actuar sobre él. El hombre ya no es dueño de sí mismo sino víctima de fuerzas ocultas. En esta **visión determinista**, no le cabe sino colaborar con estas fuerzas o anonadarse ante ellas. El destino está ya establecido irremediamente. Ignorando la autonomía propia de la naturaleza y de la historia, se cree que cuanto acontece es determinado e impuesto por Dios.

En la **visión psicologista** del hombre, se nos presenta la persona humana como víctima del instinto fundamental erótico o como simple mecanismo de respuesta a estímulos, carente de libertad. Visión cerrada a Dios y a los hombres, ya que la religión, la cultura y la propia historia serían apenas sublimaciones del instinto sexual.

Al servicio de la sociedad de consumo, **el liberalismo económico**, de praxis materialista, nos presenta una visión individualista del hombre. Así, la dignidad de la persona consiste en la eficacia económica y en la libertad individual. Encerrada en sí misma y aferrada a un concepto religioso de salvación individual, tiende a dejar en segundo plano la justicia social.

El marxismo clásico, a su vez, proclama una **visión colectivista** casi mesiánica del hombre. La meta de la existencia humana se pone en el desarrollo de las fuerzas materiales de producción, reduciendo al ser humano a las estructuras exteriores. La persona no es originalmente su consciencia; está constituida más bien por su existencia social. Despojada del arbitrio interno que le puede señalar el camino de para su realización personal, recibe sus normas únicamente de quienes son responsables del cambio de las estructuras socio-político-económicas. Por esto desconoce los derechos humanos, especialmente la libertad religiosa que está a la base de todas las libertades.

El desarrollo y organización técnico-científico, está engendrando una **visión cientista** del hombre, cuya vocación es la conquista del universo. Se reconoce como verdad solo lo que la ciencia puede demostrar; el mismo hombre se reduce a su definición científica. En nombre de ella todo se justifica, incluso lo que constituye una afrenta a la dignidad humana. Se pueden someter comunidades nacionales al nuevo poder de la tecnología, una suerte de ingeniería social, capaz de controlar los espacios de libertad de los individuos e instituciones, con el riesgo de reducirlos a meros elementos de cálculo.

Es por ello que la Iglesia tiene el derecho y el deber de anunciar a todos los pueblos la **visión cristiana de la persona humana**, pues sabe que la necesita para iluminar su propia identidad y el sentido de la vida, y porque profesa que todo atropello a la dignidad del hombre es atropello al mismo Dios, de quien es imagen.

### 3. Consecuencias de estas visiones en la cultura hoy

Los Pastores reunidos en Vª Asamblea del CELAM en Aparecida, Brasil, afirmábamos que vivimos un cambio de época, cuyo nivel más profundo es el cultural. Se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios; Surge hoy, con gran fuerza, una sobrevaloración de la subjetividad individual.

Se deja de lado la preocupación por el bien común para dar paso a la satisfacción inmediata de los deseos de los individuos, a la creación de nuevos y, muchas veces, arbitrarios derechos individuales, a los problemas de la sexualidad, la familia, las enfermedades y la muerte. Se verifica una suerte de nueva colonización cultural, por la imposición de culturas artificiales, tendiendo a imponer una cultura homogeneizada, y que se caracteriza por la auto referencia del individuo, que conduce a la indiferencia por el otro, a quien no necesita ni del que tampoco se siente responsable. Se prefiere vivir el día a día, sin programas a largo plazo ni apegos personales, familiares y comunitarios. Las relaciones humanas se consideran objeto de consumo, llevando a relaciones afectivas sin compromiso responsable y definitivo. Por otra parte la afirmación exasperada de derechos individuales y subjetivos, sin preocupación por criterios éticos, ni un esfuerzo semejante para garantizar los derechos sociales, culturales y solidarios, resulta en perjuicio de la dignidad de todos, especialmente los más pobres y vulnerables. (DA 46-47)

El Papa Benedicto XVI, por su parte, en entrevista concedida a Peter Seewald, titulada "Luz del Mundo", profundiza aún más acerca de esto, afirmando que el desarrollo del pensamiento moderno centrado en el progreso y en la ciencia, ha creado una mentalidad por la cual se cree poder hacer prescindible la "hipótesis de Dios". El hombre piensa hoy poder hacer por sí mismo todo lo que antes sólo esperaba de Dios. Según ese modelo de pensamiento, que se considera científico, las cosas de la fe aparecen como arcaicas, míticas, pertenecientes a una civilización pasada. La religión, en todo caso la cristiana, es encasillada como una reliquia del pasado.

El cristianismo se ve así expuesto a una presión de intolerancia, que primeramente lo caricaturiza como perteneciente a un pensar equivocado, erróneo, y después en nombre de una aparente racionalidad, quiere quitarle el espacio para respirar. El hecho que en nombre de la tolerancia se elimine la tolerancia, es una verdadera amenaza ante la cual nos encontramos.

Para el Cardenal Robert Sarah, Presidente del Pontificio Consejo "Cor Unum", en reciente Conferencia en EEUU, afirma que vivimos una época agitada, porque nuevos sistemas políticos y económicos dominantes están determinando nuevas realidades sociales. Existe también el intento de reducir la religión a un común denominador aceptado por todos, una religión basada en meros acuerdos humanos. Este es un peligroso intento por concebir a los seres humanos como un modelo antropológico universal que puede ser controlado por el poder económico y la sociedad, en lugar de considerar cada ser humano en el contexto de su condición social y cultural irrepetible. Esta grave crisis debido a **la carencia de una visión antropológica integral** y la presencia de un falso sentido de libertad, la ideología de género y manipulación de los derechos humanos, ha dado lugar a una amenaza real de destrucción de la dignidad humana, el matrimonio y la familia. Este intento de excluir a Dios de la esfera humana y unir a las personas en torno a un **humanismo materialista**, pone duramente a prueba a la Iglesia y su misión.

Es muy importante que nos opongamos a semejante reclamo absoluto, a un tipo determinado de "racionalidad". No se trata en efecto, de la razón misma, sino de la restricción de la razón a lo que solo se puede reconocer mediante la ciencia natural, y al mismo tiempo de la marginación de todo aquello que vaya más allá de la razón. Estas nuevas ideologías han llevado a una especie de **cruidad y desprecio de la persona humana**, antes impensables porque se hallaba todavía presente el respeto por la imagen de Dios, mientras que, sin ese respeto, el hombre se absolutiza a sí mismo y todo le está permitido, volviéndose entonces realmente tirano y destructor.

Si bien es cierto que nuestra capacidad intelectual y de conocimiento ha crecido, no lo ha hecho en el mismo grado **nuestra grandeza como persona, ni nuestra potencia moral y humana**. A través de las grandes tribulaciones de la época que vivimos, reconocemos cada vez más que debemos encontrar de nuevo un equilibrio interior, y que estamos necesitados de crecimiento espiritual. Hay un gran vacío que el educador debe saber colmar.

Gran parte de la filosofía actual consiste realmente en decir que el hombre no es capaz de la verdad. Pero visto de ese modo, tampoco sería capaz de ética. Así cada uno debería buscar con qué parámetros se las arregla para vivir, y el único criterio, sería en todo caso, la opinión de la mayoría. Pero qué destructivas pueden ser las mayorías, nos lo ha demostrado la historia reciente, por ejemplo, en sistemas como el nazismo, el marxismo y el capitalismo salvaje, los cuales han estado particularmente en contra también de la verdad.

Por eso es preciso tener la osadía de decir: sí, el hombre debe buscar la verdad, y es capaz de la verdad, que nos demuestra entonces aquellos valores constantes que han hecho grande a la humanidad. Por eso hay que aprender y ejercitar de nuevo la humildad de reconocer la verdad y de permitírsele constituirse en parámetro.

Ahora bien, esto no sería un problema para estas corrientes de pensamiento, si la fe cristiana buscara solo darle forma a la conciencia personal de los individuos. Pero si aceptamos que el cristianismo pretende conferir un cierto orden teológico y moral, no solo a la conciencia individual sino también a todo el mundo, entonces el paradigma liberal moderno se convierte en un problema mayor para la fe cristiana.

En este sentido, el Papa Francisco en su reciente encuentro con las diversas confesiones religiosas, les ha exhortado a "que por encima de todo, debemos mantener viva en el mundo la sed de absoluto, no permitiendo que prevalezca una visión de la persona humana unidimensional, según la cual el hombre se reduce a lo que produce y lo que consume: se trata de una de las trampas más peligrosas de nuestro tiempo". "Sabemos -ha concluido- cuanta violencia ha desencadenado en la historia reciente el intento de eliminar a Dios, y a lo divino del horizonte de la humanidad, y advertimos el valor de dar testimonio en nuestras sociedades de la apertura originaria a la transcendencia, que está grabada en el corazón del ser humano. En esto, sentimos cerca de nosotros también a todos aquellos hombres y mujeres que, sin reconocerse en tradición religiosa alguna, se sienten, sin embargo, en búsqueda de la verdad, de la bondad y de la belleza; esta verdad, bondad y belleza de Dios, son nuestros aliados inapreciables en el compromiso para defender la dignidad del ser humano, en la construcción de una convivencia pacífica entre los pueblos y en la custodia amorosa de la creación".

#### 4. Implicancias para una Educación de Calidad

En el año 2007, ya los Obispos latinoamericanos en Aparecida hablamos de una “delicada emergencia educativa: las nuevas reformas educacionales de nuestro continente (...) aparecen centradas prevalentemente en la adquisición de conocimientos y habilidades, y denotan un claro reduccionismo antropológico, ya que conciben la educación preponderantemente en función de la producción, la competitividad y el mercado. Por otra parte, con frecuencia propician la inclusión de factores contrarios a la vida, a la familia y a una sana sexualidad. De esta forma no despliegan los mejores valores de los jóvenes ni su espíritu religioso; tampoco les enseñan los caminos para superar la violencia y acercarse a la felicidad, ni les ayudan a llevar una vida sobria y adquirir aquellas actitudes, virtudes y costumbres que harán estable el hogar que funden, y que los convertirán en constructores solidarios de la paz y del futuro de la sociedad”. (DA 328)

Creemos, en consecuencia, que **los problemas educacionales**, obedecen a situaciones mucho más profundas y que es imperioso discernir y ayudar a descubrir. Por ello, la sola respuesta a temas que pensamos pueden resolverse con cierta agilidad y acuerdos políticos, financieros y jurídicos, no lograrán satisfacer los anhelos de nuestra juventud, es más, podrían incluso implicar nuevas frustraciones. Surgen entonces algunas preguntas no menores: ¿Qué es lo que más ansían nuestros jóvenes?, ¿Tras de qué andan?, ¿En qué consisten sus grandes necesidades, heridas y carencias?, ¿Qué es lo que esperan de la sociedad en que viven y de la educación que ésta les ofrece?, ¿Poseen herramientas que les permitan conocerse a sí mismos, discernir principios que orienten su existencia, y que les permitan construir un proyecto de vida sólido?, ¿Qué espacios de participación ofrecemos a sus anhelos de justicia, de amor, solidaridad, compromiso, de trascendencia, de eternidad?. ¿Cómo nos hacemos cargo de la cultura que les caracteriza y los aportes y valores que traen con ella?

Nos asiste la convicción que nuestro actual sistema educacional tiene serias dificultades para dar **respuestas adecuadas a las grandes ansias del corazón de nuestros jóvenes**, a sus necesidades de desarrollo afectivo, intelectual, ético, social y espiritual. Tememos que estos ámbitos de la persona y que son centrales en los fines de una auténtica educación, se han quedado en la sola formulación de principios inspiradores, que hasta ahora no han logrado traducirse coherentemente en valores, objetivos, experiencias pedagógicas, ni en formulaciones curriculares concretas, porque muy poco de esto es considerado quizás por el mismo sistema, como parte de una verdadera educación de calidad.

Por otra parte, uno de los aspectos que en general llama la atención en las propuestas educacionales oficiales de América Latina y el Caribe, es que no existe un pronunciamiento explícito en torno **a alguna concepción de hombre o de persona determinados** que desea formarse. Los conceptos más utilizados suelen ser más bien los de “ciudadano” e “individuo”. Este confundir el individuo con la persona ha creado una sociedad de individuos, donde cada uno compite, busca su éxito y se aísla. Es una cultura que rompe solidaridades y crea soledad. Nuestros jóvenes masificados viven una soledad brutal. Con un individualismo donde cada uno a codazos tiene que triunfar, se despedaza la esencia social del ser humano. Si hay algo que pertenece al núcleo de nuestra fe es la hermandad, la solidaridad. Porque creados a imagen y semejanza de Dios trinitario, comunidad de amor, somos por esencia sociales y no individualistas y eso tiene muchas consecuencias en la educación. Esto es **el alma de nuestro evangelio** y de trascendental vigencia y urgencia hoy ante una cultura cada vez más individualista, competitiva e indiferente, y por ello más violenta.

Da la impresión que en **la educación actual** se privilegia ofrecer herramientas para que el educando se adapte y así se inserte al medio en que debe desempeñarse. Al hacer esto no se está pensando en la dignidad del hombre y ni siquiera se plantea la pregunta por la dimensión trascendente que le asiste, cualquiera sea la idea que se tenga de ella. Y si se apuesta por un supuesto carácter sólo inmanente de la vida humana, se desperfila de facto, la condición de dignidad de la que goza toda persona.

Según se podría deducir de los fundamentos de varios sistemas educativos actuales, una educación justa y de calidad, pareciera estar asociada con **la formación de un tipo concreto de ciudadano**: libre, amante de la igualdad, desprejuiciado, tolerante, no discriminador, respetuoso e integrante de la diversidad, constructor de democracia, económicamente muy productivo, y que la actual educación no aseguraría. Si bien es cierto que muchos de estos objetivos pueden ser valiosos en sí, conducentes a favorecer la inclusión y la paz social, no es menos cierto que implican opciones antropológicas equívocas que en su momento podrían derivar incluso en una legitimación de conductas contrarias a valores que son la base del valor de la vida y de la dignidad de la persona.

Por ello, uno de los aportes de la Iglesia es ofrecer su concepto de educación, entendida **como un proceso de formación integral, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura**. Y ésta, entendida como rico patrimonio a asimilar, pero también como un elemento vital y dinámico del cual forma parte. Ello exige confrontar e insertar valores perennes en el contexto actual. De este modo, la cultura se hace educativa. Una educación que no cumpla esta función, limitándose a elaboraciones prefabricadas, se convertirá en un obstáculo para el desarrollo de la personalidad de los alumnos. De lo dicho se desprende la necesidad que todo centro de formación confronte su propio programa formativo, sus contenidos, sus métodos, con la visión de la realidad en la que se inspira y de la que depende su ejercicio. (DA, 329)

Es decisivo que todo miembro de la comunidad educativa tenga presente tal visión de la realidad, visión que se funda, de hecho, en una escala de valores en la que se cree y que confiere a maestros y adultos autoridad para educar. No se puede olvidar que se enseña para educar, o sea, para **formar al ser humano desde dentro, para liberarlo de los condicionamientos que pudieran impedirle vivir plenamente como hombre y mujer**. Ningún maestro educa sin saber para qué educa, y que a su vez, siempre existe un proyecto de hombre encerrado en todo proyecto educativo, y que ese proyecto vale o no, según construya o destruya al educando. Ese es el valor educativo (CELAM: *Documento de Santo Domingo*, 265). La educación, entonces, se transforma en una actividad humana del orden de la cultura, cuya finalidad esencialmente humanizadora se hará realidad en la medida en que más se abra a la trascendencia, es decir, a la Verdad y al sumo Bien (CELAM, *Documento de Puebla*, 1024).

Por ello es necesario poner de relieve la **dimensión ética y religiosa de la cultura**, precisamente con el fin de activar el dinamismo espiritual del sujeto y ayudarlo a alcanzar la libertad ética que presupone y perfecciona a la psicológica. Pero no se da libertad ética sino en la confrontación con los valores absolutos de los cuales depende el sentido y el valor de la vida del hombre. Se dice esto, porque, aun en el ámbito de la educación, se manifiesta la tendencia a asumir la actualidad como parámetro de los valores, corriendo así el peligro de responder a aspiraciones transitorias y superficiales y perder de vista las exigencias más profundas del mundo contemporáneo (*Documento de Aparecida*, 330), como son formar personalidades fuertes y responsables, capaces de hacer opciones libres y justas.

---

Características a través de las cuales los jóvenes se capacitan para abrirse progresivamente a la realidad y formarse una determinada concepción de la vida. Así configurada, la educación supone no solamente una **elección de valores culturales**, sino también una **elección de valores de vida** que deben estar presentes de manera operante. (Congregación para la Educación Católica, *La Escuela Católica*, 30).

Cuando hablamos de una educación cristiana, hablamos de que el maestro y la maestra educan hacia un proyecto de persona en quien viva Jesucristo. Se da de este modo una compenetración entre los dos aspectos. Lo cual significa que no se concibe que se pueda anunciar el Evangelio sin que éste ilumine, infunda aliento y esperanza e inspire soluciones adecuadas a los problemas de la existencia del hombre; ni tampoco que pueda pensarse en una verdadera promoción del hombre sin abrirlo a Dios y anunciarle a Jesucristo (J. Pablo II, *Iuvenum Patris*, 10).

La pastoral educativa de la Iglesia, entonces, requiere un concepto teológico de cultura para conseguir lo que pretende, y por ende un concepto escatológico de la historia. La historia como lugar de acción de Dios y del pecado en el mundo, determina un concepto teológico de cultura. El discernimiento de los "signos de los tiempos", urge en modo peculiar también a la Escuela Católica, obligándola así –y más aún por su naturaleza– a un discernimiento de las culturas, pues en éstas, como en todo fenómeno histórico, asoma la ideología y la idolatría. Un concepto teológico de cultura, debiera caracterizar los elementos simbólicos y éticos de la cultura, explicitando la constitución trascendente de la humanidad y el valor eterno de toda persona humana.